

Restauración de la Compañía de Jesús Antecedentes históricos en Centroamérica

Ricardo Bendaña Perdomo, S.J.

En este artículo describiremos sucintamente el itinerario histórico seguido por los jesuitas, en América y en concreto en Centro América, para comprender el proceso y las causas que nos han traído al acontecimiento que conmemoramos: el bicentenario de la Restauración de la Compañía de Jesús, 1814 - 2014.

Antecedentes.

A petición del rey Juan III de Portugal el mismo fundador de la Compañía de Jesús, san Ignacio de Loyola, envió la primera misión de jesuitas a Brasil en 1549. La encabezaba el P. Manuel de Nóbrega acompañado entre otros por el recién canonizado san José de Anchieta, cuando éste solo tenía 19 años. Esta primera expedición se acercó a los nativos, se esforzó por conocer sus lenguas y culturas, estableció relaciones amistosas y luego evangelizó y ayudó a fundar ciudades como Salvador de Bahía, Sao Paulo, Rio de Janeiro y otras. El segundo superior general de la Compañía, san Francisco de Borja, envió jesuitas a explorar las islas del Caribe y La Florida. En 1568, pasando por Panamá, se dirigieron al Virreinato del Perú, desde donde se extendieron a Ecuador, Bolivia, Paraguay y el norte de Argentina. En 1572 ya los encontramos en el Virreinato de Nueva España, hoy México, desde donde fundan misiones en lo que hoy es el suroeste de los Estados Unidos. En los últimos años del siglo XVI se establecen en Chile. En 1609 fundan la provincia del Paraguay que abarcaba gran parte de lo que hoy son Argentina, Brasil y países vecinos y da origen a la más célebre experiencia de evangelización e inculturación en América: las Reducciones. Años más tarde sucede lo mismo en Bolivia y otros países amazónicos. Jesuitas franceses emprenden la muy difícil misión de evangelizar el sureste de Canadá, enfrentando temperaturas extremas, enormes distancias

y la hostilidad de los hurones e iroqueses; desde allí descienden hacia el norte y centro de los Estados Unidos.

Refiriéndonos a lo que actualmente es la Provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús, que abarca Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá, nos detendremos en los dos sitios del Istmo donde los jesuitas se establecieron durante el Período Colonial.

Panamá. Como ya lo mencionamos, la primera expedición de jesuitas que se dirigía al Perú pasó por la Audiencia de Panamá, en la región llamada Tierra Firme o Castilla de Oro, en 1568. A su paso predicán y dan algunas misiones. Los habitantes de la ciudad les piden que se queden y que establezcan un centro educativo, pero deben seguir hacia el destino que les habían asignado. Hasta entonces Panamá solo es una escala en el camino.

Siete años más tarde, en 1575, hay una primera y efímera fundación, previa al establecimiento permanentemente de una modesta residencia que, además de la atención pastoral a los vecinos, a los esclavos negros y a los indígenas guaymíes, kunas y otros, por los que algunos compañeros de Jesús dieron su vida, sirve de hospedaje a los muchos jesuitas que van y vienen de Sur América en tránsito de o hacia España. Así se identifica el destino histórico de Panamá como país cosmopolita y “puente del mundo”. En 1608 se abre un colegio, que en 1612 se transforma en Seminario de San Agustín, luego en Colegio Seminario y en 1649, gracias a las gestiones del obispo Francisco Javier de Luna Victoria y Castro, en la Real y Pontificia Universidad de San Javier que apenas está organizándose cuando en 1671 es totalmente destruida por la sanguinaria invasión del pirata inglés Henry Morgan, cuando toda la ciudad de Panamá Vieja es incendiada.

Después de ese desastre la Nueva Panamá se traslada a su nuevo asiento entre la bahía y el Cerro Ancón, pensando en un enclave estratégico que sea mercado y fortaleza, se construye con un mejor diseño, rodeada de murallas y fortines. Los jesuitas vuelven a construir su residencia donde funciona con más regularidad la Universidad de San Javier. A mediados del siglo XVIII por disposición real se les prohíbe trabajar con los indígenas, tal como sucedió con otras órdenes religiosas. para centralizar la pastoral en el clero secular y afianzar el poder de la Corona. En el primer siglo la presencia jesuítica en Panamá depende de la Provincia

del Perú y luego de la de Quito. Con todo el encanto y frondosidad de Panamá la permanencia de los jesuitas durante la colonia española se hace muy difícil por lo tórrido del clima, las enfermedades tropicales, los saqueos, incendios y crisis determinadas por los ciclos económicos y el paso del oro y de muchos transeúntes. Hubo algunas vocaciones panameñas de mucha calidad y se trabajó satisfactoriamente hasta el extrañamiento de la Compañía de Jesús de España y sus dominios. De Panamá fueron expulsados ocho jesuitas panameños, ecuatorianos y españoles el 2 de agosto de 1767. En memoria de su fecunda presencia, en el centro histórico, muy cerca de la Catedral, hoy se conservan las ruinas de la Universidad de San Javier.

Guatemala. En 1579, los sacerdotes Juan de la Plaza, visitador de las primeras misiones jesuíticas en las Indias Occidentales, y Diego García con los hermanos coadjutores Melchor Marcos y Andrés Juan, partiendo de Lima emprenden una larga travesía: se embarcan en El Callao rumbo a Panamá, donde se reembarcan hacia El Realejo, Nicaragua, y desde allí emprenden el camino por tierra. Tras andar 200 leguas (800 kilómetros) se detienen en la ciudad de Santiago de Guatemala, sede de la Real Audiencia de Los Confines y Capitanía General. Son bien recibidos y causan muy buena impresión. Aunque según algunos historiadores ya lo habían solicitado antes, es durante el paso casual del P. de la Plaza, que el Cabildo Municipal solicita un colegio de La Compañía en Guatemala. Para hacer posible ese plan el arcediano del Cabildo Eclesiástico, Diego de Carvajal, ofrece su casa, hacienda y hasta su persona. Los caminantes toman nota de la solicitud pero continúan su viaje. Aún les faltaban 300 leguas (1200 kilómetros) a pie o a lomo de mula para llegar a México, donde les esperaba una sorpresa: el P. De La Plaza había sido nombrado provincial. La solicitud no cayó en saco roto, en 1582 llegan a Guatemala para misionar e informarse mejor dos sacerdotes y un hermano estudiante jesuitas. En 1593 y años posteriores se organizan otra visitas exploratorias. Avanzan las negociaciones y crece el interés.

Por fin, en 1607, como parte de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España, se funda la *missio guatemalensis*, iniciada por cuatro sacerdotes y tres hermanos. Desde una humilde iglesia empiezan a atender pastoralmente a la población. Dos años después el superior general, Claudio Aquaviva, da el

placet para fundar un colegio en Guatemala. Se comienza con una escuela de primeras letras que se extiende a la gramática y retórica, que entonces equivale al bachillerato. El Colegio toma por nombre San Lucas. Beneficiado por la bula del papa Pío IV que, desde 1561, facultaba a los colegios de la Compañía, que existieran a más de 200 leguas de donde había universidades establecidas, a graduar bachilleres, licenciados, maestros y doctores. Venciendo tensiones, errores, celos, carencias y terremotos el Colegio San Lucas forma generaciones de hombres de primera línea para América Central y el sur de México. Por decisión del rey Carlos II en 1676 se funda la Real y Pontificia Universidad de San Carlos de Borromeo, cuarta en América. Para eso deroga los grados académicos que hasta entonces daban los Colegios Santo Tomás y San Lucas, aunando la tradición académica y recursos que tenían en la nueva Universidad. En 1677 los jesuitas fundan un Colegio en Ciudad Real (hoy San Cristóbal de las Casas, Chiapas). En 1700 establecen el “Convictorio” llamado Colegio San Borja para albergar a estudiantes universitarios y ofrecer una excelente biblioteca, auditorio y otros servicios que dan mucho realce cultural a la ciudad.

Durante el siglo XVIII, cuando España se asoma a la modernidad, la Corona pasa de los Austrias a los Borbón que promueven el fortalecimiento del poder del Estado, mejorar la administración colonial, hacer las colonias más rentables, crear Compañías de Comercio, impulsar la industria, someter la Iglesia a la autoridad civil, frenar el creciente poderío inglés, etc. En Guatemala se consolidan los colegios de la Compañía, con laicos comprometidos funciona muy bien la Congregación Mariana de La Anunciata, promueven la catequesis, la atención espiritual y en el mismo año de la expulsión inauguran la casa de ejercicios espirituales de Santa Brígida. Al igual que en todos los dominios de España, la presencia de la Compañía de Jesús en Guatemala durante la época colonial es cortada de raíz cuando “por decreto” e intempestivamente se le confiscan sus bienes y en la madrugada del 1 de julio de 1767 once sacerdotes guatemaltecos y mexicanos y tres hermanos coadjutores españoles son conducidos al Golfo de Honduras y expatriados para siempre. Recuerdo de su presencia en la Antigua Guatemala es el edificio de la Compañía de Jesús fielmente reconstruido como un importante y activo centro cultural de la Cooperación Española.

Extradición

Con la irrupción de la ilustración y la modernidad, a mediados del siglo XVIII, las monarquías sintiéndose amenazadas endurecen su autoridad con el “*despotismo ilustrado*”. Perciben a su antigua aliada la Iglesia como un peligro para consolidar su poder absoluto, por lo que exigen el privilegio del Real Patronato, del derecho al “pase real” o autorización de ellas para que en su territorio se publiquen los documentos pontificios, de la prerrogativa de proponer candidatos a dignidades eclesiásticas o de administrar los diezmos, etc. Refuerzan las presiones. El Papa defiende su soberanía. Los conflictos se acrecientan. La Compañía de Jesús es la más firme defensora de los derechos del Papa. Su fuerte incidencia en la educación, la sociedad y la política genera simpatías y antipatías, oportunidades y amenazas, su fortaleza es su debilidad. Wenceslao Soto hace una buena síntesis de las causas de la creciente animadversión contra los jesuitas:

1. Los gobiernos absolutistas no soportaban su defensa incondicional del papado.
2. Su enérgica defensa de la ortodoxia doctrinal católica los había enfrentado con protestantes, jansenistas y filósofos franceses.
3. Sus misiones provocaban recelos y sospechas, alentados por los mitos y fábulas que se tomaron por ciertos en Europa, como las enormes riquezas y la creación de un reino en Paraguay.
4. La cercanía al poder político –a lo que aspiraban todos los clérigos- los hizo odiosos.
5. La defensa de sus privilegios y exenciones, como el de no pagar el diezmo (igual que las órdenes mendicantes), los enzarzó en pleitos interminables con los obispos.
6. Su adaptación cultural en las misiones provocó una gran oposición a los llamados ritos chinos (China) y malabares (India) que fueron prohibidos por Roma.
7. Su predominio en la enseñanza provocó celos en sus émulos”. (Revista Jesuitas, España 118 (Otoño 2013) 19).

A lo anterior añadamos la imagen pública que los hace ver como prepotentes y autosuficientes, ávidos de poder, etc. Obvia-

mente hubo graves deslices como las predicaciones apocalípticas, después de terremoto de Lisboa de 1755, con las que el P. Malagrida le echaba la culpa a los pecados de los gobernantes o la quiebra económica y deudas impagables del P. La Vallette, procurador de la misión en La Martinica o la publicación en 1758 del libro del P. Isla titulado *Fray Gerundio de Campazas* que ridiculiza a los órdenes mendicantes, suscitando mayores animosidades. Errores individuales se convierten en pretextos para culpabilizar a toda la Compañía. No podemos dejar de mencionar el grave problema que se dio porque habiendo establecido los jesuitas las Reducciones en torno a los ríos Paraná y Paraguay, por el Tratado de Madrid de 1750 los portugueses devolvieron a España la colonia de Sacramento en el Río de la Plata y, a cambio, recibieron la margen este del río Uruguay donde había siete reducciones, con el agravante que por la legislación portuguesa los nativos podían ser esclavizados y que desde el primer momento las nuevas autoridades pretendieron despojarlos de sus tierras. Esto desencadenó una fiera resistencia, conocida como “la guerra guaranítica” (1752-1756), uno de los principales pretextos para la expulsión de los jesuitas.

Con una fuerte campaña de leyenda negra, sobre los poderes y peligro que representaba la Compañía de Jesús, en forma sistemática y bien concertada entre las monarquías borbónicas comienza el acoso. Primer efecto de esta maniobra es el paulatino aislamiento de los jesuitas. En Portugal, en 1759, José I y el marqués de Pombal los acusan de un fallido atentado contra el rey, por lo que todos fueron encarcelados y deportados hacia los Estados Pontificios. Por otra parte, acusados de estafa por los malos negocios del P. La Vallette, en París el Parlamento les ordena “desalojar sus casas”, les prohíbe vivir según su Instituto, les exige firmar una carta de fidelidad a las autoridades francesas únicamente (galicanismo) y ordena expropiarles todos sus bienes. Finalmente, en 1764, el rey Luis XV declara disuelta la Compañía de Jesús en Francia.

En España, justificándose en el Motín de Esquilache, cuando muchos madrileños manifestaron su descontento debidos a las carestías y a que quisieron cambiarles las formas de vestir, la hostilidad crece. Inmediatamente culpan a los jesuitas de ser los instigadores del complot, usando testigos falsos y exagerando algunos errores, la Fiscalía concluye que “*de no deshacerse de esa jauría sangrienta, muy bien puede temer el rey un atentado*”

contra su persona" por lo que ven necesario y urgente deshacerse de ellos en España y sus territorios de Ultramar. El 27 de febrero de 1767 el rey Carlos III, por real decreto llamado "*Pragmática Sanción*", ordena al conde de Aranda aplicar la sentencia de extrañamiento perpetuo, pérdida de nacionalidad y expropiación de todos los bienes de los jesuitas en España y en todas sus colonias. Siguiendo un plan secreto, muy preciso y con apremio, involucra a todas las fuerzas del Estado. En España había 2784 jesuitas y en América y Filipinas 2630. Con mucha precisión los comisionados apoyados por tropas bien armadas, sigilosamente y de noche entran a las casas de los jesuitas, leen el decreto de extrañamiento y sin consideraciones los expulsan de madrugada, antes de que la población se entere. Generalmente los barcos ya los estaban esperando para llevarlos cuanto antes al destierro. A los obispos, al clero, a los religiosos y a las mismas autoridades civiles o militares bajo graves amenazas les prohíben hacer algún comentario sobre lo sucedido.

Después de muchas penurias y pesadumbres, aquellos hombres de todas las edades, dotados de mucha sabiduría y buenas obras, terminan la primera parte de esta pesadilla en Italia. Los Estados Pontificios se niegan a recibirlos porque ya no tienen capacidad para recibir más de los que ya les han llegado. Para colmo también son expulsados del Reino de Nápoles y del Ducado de Parma. Navegan de puerto en puerto hasta que, por fin, tras una larga espera, tocan tierra en la isla de Córcega, mas al pasar ésta a manos de Francia deben volver a embarcarse y negociar con Génova y Módena para que les permitan pasar hacia los Estados Pontificios. Los jesuitas de la provincias de Santa Fe y de Quito, a la que pertenecían los panameños, terminan instalándose en las Marcas y el ducado de Urbino y los de la provincia de México, con la que iban los guatemaltecos, en Bolonia. Aunque algunos de ellos dejaron muy en alto el nombre de América, la Corona española jamás les permitió volver a su patria, por lo que todos murieron en el destierro.

Supresión y Restauración

No contentas con la expulsión y expropiación de sus bienes las monarquías borbónicas, especialmente la española, presionan al Papa en contra de los jesuitas establecidos en los Estados Pontificios. Hay prohibiciones para predicar, confesar, dar clases y

hasta enseñar el catecismo, se suprimen algunas ayudas económicas, disgusta a muchos italianos la competencia que supone la inesperada llegada de tanta gente tan capacitada. Las intrigas cortesanas no cesan. El papa Clemente XIII, quien había reclamado a los reyes por las expulsiones, muere en 1769. Le sucede Gregorio XIV que, sabiéndose débil y muy condicionado por los monarcas católicos, cede ante tanta coacción. El 21 de julio de 1773 firma el breve *Dominus ac Redemptor*, por el que extingue la Compañía de Jesús, en todos los estados donde se lea esa disposición. 23.000 jesuitas quedan en la orfandad. El superior general P. Lorenzo Ricci muere prisionero en el castillo Sant'Angelo. Leyendo atentamente dicho documento vemos que no contiene acusaciones concretas sino que habla de la oportunidad de suprimirlos por las molestias que habían causado a lo largo de los años y porque la paz de la Iglesia pedía que la Compañía fuera sacrificada.

Curiosamente se oponen a que el breve sea leído en sus estados Federico de Prusia, luterano, y la zarina Catalina II de Rusia, ortodoxa. Ambos necesitaban promover la educación con excelencia en sus países y qué mejor para ello que los jesuitas. Un año antes, en 1772, una franja de Polonia pasa a ser territorio del Imperio Ruso, con ella 800.000 católicos y 201 jesuitas, con colegios, residencias y puestos de misión. Stanislaw Czerniewicz es nombrado vice-provincial de Rusia Blanca. Para atenderlos el papa crea la diócesis de Mohylew, aceptada por Catalina II. Prospera la educación y se extienden a San Petesburgo, Moscú, Siberia y hasta China. Los papas Clemente XIV y su sucesor Pío VI saben esto y para evitar confrontaciones con los monarcas simplemente observan, dejan hacer y callan. En esas circunstancias en 1779 abren un noviciado para recibir jóvenes que llegan de muchos países. En 1782 la Provincia de Rusia Blanca convoca a una Congregación General Extraordinaria. Ex-jesuitas de Europa se ponen en marcha, para reincorporarse a la Compañía que allí sobrevive. Eligen Vicario General al P. Stanislaw Czerniewicz, con todo el equipo propio del Prepósito General. Le sucede el P. Gabriel Gruber quien, gozando del favor de Catalina II y del zar Pablo, hizo crecer la Compañía en Rusia, a su muerte es electo el P. Tadeusz Brzozowski, primer superior general de la Compañía restaurada.

Con la Revolución Francesa de 1789 el panorama político europeo cambia radicalmente. A las dinastías Borbón les comienza a ir muy mal: en 1793 decapitan en París al rey Luis XVI, en 1804 Napoleón invade Portugal, en 1805 en Trafalgar la flota inglesa destruye las armadas española y francesa. En 1808 Napoleón destituye y deporta al rey Carlos IV y entrega la Corona española a su hermano José, España inicia su *Guerra de Independencia* contra los franceses. Por otra parte en 1794, el sucesor del papa Clemente XIV, Pío VI autoriza el restablecimiento de la Compañía de Jesús en el Ducado de Parma, llegan tres jesuitas de Rusia a organizarlo, discretamente abren un noviciado dirigido por san José de Pignatelli. En 1797 el representante del papa en Polonia visita Rusia y se hospeda en el colegio de los jesuitas en Polotsk. En 1799 Napoleón invade Roma, la saquea y hace prisionero al papa Pío VI quien muere desterrado en Valence, Francia. Las relaciones del emperador Napoleón Bonaparte con el papa Pío VII electo en 1800 son borrascosas. En 1801, por el breve *Catholicae Fidei* el papa aprueba la Compañía de Jesús dentro de las fronteras de Rusia. Esto hace que antiguos jesuitas que vivían en Suiza, Bélgica, Inglaterra, Holanda y Estados Unidos se afilien a esa provincia. En 1804 se restaura la Compañía en el Reino de Nápoles. El emperador francés hace y deshace como se le antoja. Además de obligar al papa Pío VII a viajar a París para coronarlo, cuando en 1808 éste se niega a dimitir lo hace prisionero incomunicándolo en Fontainebleau donde se resiste a las pretensiones de Napoleón que incluían la renuncia a los Estados Pontificios y el traslado de la Sede Pontificia de Roma a Francia. Tras la gran derrota francesa en Rusia en 1812, Europa se une y forzado por sus mismos generales, en la misma Fontainebleau, el emperador abdica en abril de 1814. En seguida el papa recobra su libertad y vuelve triunfalmente a Roma.

Tras tanta destrucción y dolor había que reconstruir Europa. Con la caída de Napoleón llega el momento de la restauración política y religiosa. En lo político, lo más significativo es el Congreso de Viena, que reajusta el derecho internacional, restituye al Papa los Estados Pontificios y le reconoce su potestad. En lo religioso, que es nuestro tema, con firme determinación de reconstruir la Iglesia tan maltratada, el 7 de agosto de 1814 Pío VII promulga la bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum* con la que restaura en todo el mundo a la Compañía de Jesús y la invita a seguir reali-

zando, con renovado impulso y fervor, la misión para la que fue fundada por Ignacio de Loyola y aprobada por el Vicario de Cristo. Así, hace 200 años, acabó un desolado paréntesis histórico y la Compañía de Jesús volvió a la vida, *ad maiorem Dei gloria*.

Bibliografía

Este artículo es una síntesis de lo leído y anotado en los siguientes libros:

ALEGRE, Francisco Javier. **Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España**. Edición de Burrus-Zubillaga. Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma, 1956-1960 (4 volúmenes).

ASTRAIN, Antonio. **Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España**. Edic.privada, Madrid 1902-1925 (7 volúmenes).

BENDAÑA PERDOMO, Ricardo. **La Iglesia en la Historia de Guatemala**. Artemis Edinter, Guatemala, 2011.

CAMBRA, Manuel. **Los jesuitas y sus obras en Panamá**. USMA, Panamá, 2013.

DUFFY, Aamon. **Santos y Pecadores. Una historia de los Papas**. Acento-PPC, Madrid, 1998.

FERRER BENIMELLI, José Antonio. **Expulsión y extinción de los jesuitas (1759-1773)**. Mensajero, Bilbao, 2013.

JUARROS Y MONTUFAR, Domingo. **Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala**. Academia de Geografía e Historia de Guatemala, Guatemala, 1999.

NN. **La Compañía de Jesús en México. Cuatro Siglos de Labor Cultural (1572-1972)**. Jus, México, 1972.

REVUELTA; Manuel. **El restablecimiento de la Compañía de Jesus**. Mensajero, Bilbao, 2013.

SAENZ DE SANTAMARÍA, Carmelo. **Historia de la Educación Jesuítica en Guatemala**.URL, Madrid, 1978.

La lectura de dos novelas histórica, bien sustentadas, que abordan el tema también fueron buena ayuda:

LAMET, Pedro Miguel. **El último jesuita** La esfera de los libros, Madrid, 2011.

PÉREZ DE ANTÓN, Francisco. Los hijos del incienso y de la pólvora. Alfaguara, Guatemala, 2005.

Para la redacción de este artículo-síntesis ha sido muy importante el Anuario de la Compañía de Jesús 2014, publicado por la Curia Generalicia de la Compañía de Jesús, en Roma. Dedicó las primeras 85 páginas a 18 artículos escritos por especialistas en el tema de la Restauración de la Compañía de Jesús.